

rumor de las primeras olas. La hinchazón del agua de éstas, que era el reflujó de todo el Atlántico, arrastraría detrás la totalidad del mar. Una simple ola soberana contendría en sí una fuerza de impulsión que, salida de América para terminar en Europa, correría dos mil leguas de trayecto. Al llegar esta ola gigantesca del Océano, encontrará la resistencia que le opondrá el escollo, y replegada ante los Douvres, hinchada por el flujo y por el obstáculo, rechazada por las rocas y empujada por el viento, violentará el escollo y penetrará, con todas las contorsiones de la resistencia sufrida y con todos los frenesíes del agua contrariada, entre las dos torres de peñascos, chocará con el barco y con la *Duranda* y las hará trizas.

Gilliatt necesitaba un escudo que oponer á esta eventualidad que temía. Necesitaba impedir que la marea penetrase de golpe, que chocase contra todo lo dicho, dejándola subir, cerrar la entrada sin negarla la entrada, resistir y ceder, prevenir la compresión del agua en el estrecho, reemplazando la irrupción por la introducción, aplacar el furor y la brutalidad de la ola, obligar á la furia á morigerarse.

Gilliatt, con su natural destreza, que vale más que la fuerza, ejecutando una maniobra de camello en la montaña ó de tití en el bosque, utilizando para dar zancadas oscilantes y vertiginosas la menor piedra saliente, saltando al agua y saliendo de ella, nadando en los remolinos, trepando por las rocas, con una cuerda entre dientes y un martillo en la mano, desató el calabrote que mantenía suspendido y arrimado al basamento de la Douvre menor el trozo de bordaje de la proa de la *Duranda*; formó con pedazos de cable una especie de goznes, agarrando las tablas á los grandes clavos hincados en el granito; hizo girar alrededor de los goznes aquel armazón; lo presentó de lado á la ola, que la rechazó, aplicando una de sus extremidades á la Douvre mayor, mientras los goznes de cuerda sujetaban en el Douvre menor la otra extremidad; hizo lo mismo sobre la Douvre mayor por medio de los clavos, que, precavido, clavó allí de antemano; amarró sólidamente la tablazon al doble pilar de la boca del estrecho; cruzó sobre ella una cadena, y en menos de una hora levantó un dique contra la marejada y cerró como con una puerta la callejuela del escollo.

Manejó Gilliatt con la destreza de un

volatinero el poderoso aparato, la pesada mole de tablones y de tablas, que puesta de plano hubiera hecho el efecto de una almadía y colocada verticalmente producía el efecto de una muralla.

Barreado el estrecho, Gilliatt se ocupó de su barco. Devanó bastante cable sobre las dos anclas para que pudiese subir con la marea. Gilliatt no fué sorprendido, y en todo manifestaba que era un hombre previsor.

El flujo iba aumentando, seguía la marea creciendo, y llegó el momento en que los choques de las olas, á pesar de estar el mar tranquilo, podían ser muy rudos. Se realizó la combinación de Gilliatt. El oleaje se lanzaba violentamente hácia el dique, pero llegaba á él, se hinchaba y pasaba por debajo. Fuera del dique había marejada, dentro infiltración. Gilliatt ideó algo semejante á las horcas caudinas del mar. Había vencido á la marea.

VIII.

Peripecia más que desenlace.

Llegó el momento terrible en el que Gilliatt trató de meter la máquina en el barco. Se quedó pensativo durante algunos instantes, con el codo del brazo izquierdo apoyado en la mano derecha y la frente en la mano izquierda.

Después subió al buque naufragado; cortó las cuatro eslingas que fijaban á babor y estribor del casco de la *Duranda* las cuatro cadenas de la chimenea. Como eran de cuerda, las cortó con la navaja.

Las cuatro cadenas sin ataduras, libres, quedaron colgadas á lo largo de la chimenea.

Desde la *Duranda* subió al aparato que había construido, golpeó con los pies los tablones, revistió los motones, se fijó en los cables, examinó las cuerdas para asegurarse de que estaban muy mojadas, se aseguró de que nada faltaba y de que todo estaba seguro, y saltando desde lo alto de los bureles á la cubierta, tomó posición cerca del cabrestante, en la parte de la *Duranda* que debía quedar enclavada en los Douvres. Aquel era el sitio de su trabajo.

Grave y con poca emoción lanzó la última mirada á las cábricas, cogió una lima y empezó á cortar la cadena de la que todo estaba suspendido.

El rechino de la lima se confundía con los mugidos del mar.



GILLIAT SALVANDO LA MÁQUINA DE LA DURANDA

La cadena del cabrestante, agarrada al palanquin regulador, estaba al alcance de Gilliatt, muy cerca de su mano.

De repente se oyó un crugido. La cadena que mordía la lima, cortada ya hasta más de la mitad, acababa de romperse; todo el aparato se bamboleó. Gilliatt solo tuvo tiempo para apoderarse del palanquin.

La cadena rota flageló el peñasco; los ocho cables se tendieron, la mole serrada y cortada se arrancó del buque naufragado, el vientre de la *Duranda* se abrió, y apareció debajo de la quilla el entarimado de hierro de la máquina pesando sobre los cables.

Si Gilliatt no hubiera empuñado tan pronto el palanquin, todo aquello hubiera caído; pero sujetándolo su mano terrible, solo se verificó un descenso. El palanquin que asió Gilliatt se mantuvo firme y obró admirablemente. Recuérdese que estaba colocado para amortiguar las fuerzas concentradas en una sola y reducidas á un movimiento colectivo. El palanquin tenía alguna relacion con la bolina, solo que en vez de orientar una vela equilibraba un mecanismo.

Gilliatt, en pié y empuñando el cabrestante, tenía, digámoslo así, la mano en el pulso del aparato.

Entonces fué cuando se conoció la ingeniosa invencion de Gilliatt al producir notable coincidencia de fuerzas.

Mientras toda entera y desprendida la máquina de la *Duranda* bajaba hácia su barco, el barco subía hácia la máquina. El buque naufragado y el buque salvador, ayudándose mutuamente en direccion inversa, iban al encuentro uno del otro. Buscándose se ahorraban la mitad del camino.

El flujo, hinchándose sin ruido entre los dos Douvres, levantaba la embarcacion y la aproximaba á la *Duranda*. La marea, más que vencida, estaba domesticada, y el Océano formaba parte del mecanismo.

El agua subiendo levantaba el barco sin hacerle chocar, suavemente, casi con precaucion, como si fuese de porcelana y temiese romperlo.

Gilliatt combinaba y proporcionaba los dos trabajos, el del agua y el del aparato, é inmóvil en el cabrestante, como una especie de estatua temible, á la que obedecian todos los movimientos á la vez, regulaba la lentitud de la descension por la lentitud de la subida.

Ningun sacudimiento hubo en el agua ni en las cábricas. Sumisas todas las fuer-

zas naturales, prestaban extraña colaboracion. Por un lado, la gravitacion acarreado la máquina; por otro, la marea acarreado el barco. La atraccion de los astros, que es el flujo, y la atraccion del globo, que es la gravedad, parecian estar de acuerdo para servir á Gilliatt. Estaban tan subordinados á él, que ni vacilaban ni se detenian, y bajo su presion eran potencias pasivas que él convirtió en auxiliares activos. Por minutos iba terminándose la realizacion de su plano; el intervalo entre su barco y el buque naufragado disminuía insensiblemente. La aproximacion se verificaba en silencio y con cierto terror por parte del que la ejecutaba. El elemento recibia una órden y la cumplia.

Casi en el momento de dejar la marea de subir, los cables dejaron de devanarse. Súbitamente, pero sin conmocion, los motones se detuvieron. La máquina, como puesta con la mano, quedó sobre el buque de Gilliatt, recta, vertical, inmóvil, sólida. La tabla de hierro que la sostenia se apoyaba por sus cuatro ángulos y á plomo sobre la sentina. Gilliatt acababa de realizar su plan. Estaba loco de contento. No estaba acostumbrado á la alegría y el pobre sintió felicidad inmensa. Ante su triunfo le temblaban todos sus miembros, y él, que hasta entonces no habia experimentado ninguna turbacion, se quedó trémulo de regocijo.

Al ver la máquina dentro de su buque apenas se atrevia á dar crédito á lo que veía. Parecia que no esperaba conseguir lo que habia conseguido. Salió un prodigio de sus manos y lo contemplaba con estupor.

Pero este estupor le duró poco.

Gilliatt, haciendo los movimientos del hombre que acaba de despertarse, se apoderó de la sierra, cortó los ocho cables y despues, separado de su barco, merced á la subida del flujo, á una distancia de unos diez piés, saltó á él, tomó un rollo de cuerdas, hizo cuatro eslingas, las pasó por las argollas que tenia preparadas y amarró al borde de su buque, por ambos lados, las cuatro cadenas de la chimenea, que una hora antes estaban amarradas al borde de la *Duranda*.

Sujeta ya la chimenea, Gilliatt desembarazó lo alto de la máquina, donde estaba adherido un pedazo cuadrado de alero del puente de la *Duranda*, lo desclavó, librando su barco de aquellas tablas inútiles, que lanzó á las rocas.

Su barco se mantuvo firme como él

habia previsto, á pesar de sufrir el sobrepeso de la máquina, y solo se hundió en el agua hasta una línea conveniente de flotacion. Aunque era pesada la máquina de la *Duranda*, tenia menos peso que el monton de piedras y el cañon que desde Herm transportó.

Habia concluido, pues, su trabajo: no tenia ya nada más que hacer que marcharse.

IX.

Éxito frustrado casi.

Le faltaba abrir la boca del estrecho que antes cerró con un casco de la *Duranda* y sacar su barco fuera del escollo, y el mar siempre es apremiante. Reinaba poco viento, era escaso el oleaje, y la tarde, que estaba tranquila, parecia prometer una noche hermosa; aunque el mar estaba sereno, comenzaba á sentirse, sin embargo, su reflujo; aquel momento era excelente para partir. Gilliatt tendria la marea descendente para salir de los Douvres, la ascendente para entrar en Guernesey, y podria llegar á Saint-Sampson al amanecer.

De pronto tropezó con un obstáculo imprevisto.

Se escapó á la prevision de Gilliatt que no estaba libre la chimenea de la máquina.

La marea, acercando el barco al buque naufragado suspenso en el aire, aminoró los peligros de la descension y abrevió el salvamento; pero la disminucion de espacio dejó metida la parte superior de la chimenea en el cuadro que Gilliatt habia abierto en el casco de la *Duranda*; la chimenea estaba en él encerrada como entre cuatro paredes.

El servicio que le prestó, pues, la marea no fué tan beneficioso como parecia á primera vista; como si el mar, viéndose obligado á obedecer, se guardase una segunda intencion. Lo que el flujo habia hecho, el reflujo lo iba á deshacer.

La chimenea, que tenia la altura de unas tres toesas, estaba metida unos ocho piés en el casco de la *Duranda*, y como el nivel del agua iba á bajar doce, la chimenea, descendiendo con el barco, tendria aun cuatro piés de holgura y podria sacarse bien, pero esta operacion requeriria seis horas.

Dentro de seis horas seria casi la media noche, y no podria salir ni tomar rumbo entre aquellas rompientes, que eran ya intrincadas durante el dia, ni

aventurarse en la oscuridad de la noche á penetrar en aquella emboscada de arrecifes.

Le era indispensable aguardar al dia siguiente. Las seis horas que iba á perder le harian perder lo menos doce. Ni siquiera podia pensar, para ganar tiempo, en abrir la boca del escollo, que para la próxima marea volveria á necesitar el buque.

Gilliatt quedó, pues, condenado á la inaccion, y se cruzó de brazos.

El reposo forzado que tuvo que sufrir le irritó, casi le indignó, como si fuese culpa suya; pero esta reparacion de fuerzas le era, sin embargo, muy conveniente.

Determinóse, ya que no podia hacer otra cosa, á pasar la noche en su buque.

Fué por la piel de carnero que tenia en la Douvre mayor, bajó del barco trayéndola, cenó unas cuantas lapas y dos ó tres erizos de mar, bebió con avidez los últimos tragos de agua dulce del barril casi vacío, se envolvió en la piel, se tendió como un mastin cerca de la máquina, se echó la chaquetilla á la cabeza y se quedó dormido.

Dormido profundamente, como se suele dormir cuando creemos haber cumplido con nuestro deber.

X.

Las advertencias del mar.

A media noche, de pronto y como im-pelido por un resorte, Gilliatt se despertó y abrió los ojos.

Vió sobre su cabeza que alumbraba los Douvres la especie de reverberacion de una áscua blanca y grande. En la fachada negra del escollo reflejaba como un incendio.

De dónde provenia aquel fuego? Del agua.

El mar presentaba aspecto extraordinario.

Parecia que el agua estuviese incendiada y que el mar arrojase llamas dentro y fuera del escollo. Estas no eran rojas ni se parecian á las llamas vivientes de los cráteres y de las fraguas. No eran ardorosas, no chisporroteaban, no producian ruido alguno. Rastros azules imitaban en el agua pliegues de sudario. Palpitaba en las olas pálido resplandor. No parecia un incendio, sino el espectro de un incendio. Como si pudiésemos concebir las tinieblas alumbradas.

La noche, la noche vasta, turbia y difusa, parecia que era el combustible de aquel fuego helado. Era no sé qué claridad encendida ciegame. La sombra entraba como elemento en aquel fantasma de luz.

Los marinos de la Mancha conocen esas indescriptibles fosforescencias, que encierran avisos para el navegante. En ninguna parte son tan sorprendentes como en el Gran V, junto á Jrigny.

Son unas fosforescencias que quitan á los objetos su realidad. Penetracion espectral los hace casi transparentes. Las rocas aparecen como lineamientos. Los cables de las áncoras parece que sean barras de hierro caldeadas hasta adquirir la temperatura blanca. Las redes de los pescadores se asemejan debajo del agua á fuego tejido con punto de malla. La mitad del remo es de ébano y la otra mitad, la que está bajo del agua, es de plata. Al chocar el remo en el mar, las gotas de agua que levanta salpican de estrellas las olas. Toda barca arrastra en pos de sí un cometa. Los marineros, mojados y luminosos, parece que arden. El que mete la mano en el agua la saca cubierta con un guante de llama, pero de llama muerta, que no se siente. El brazo es un tizon encendido. Se ven las formas que van por el mar rodar bajo las olas fuego abajo. La espuma centellea. Los peces son lenguas de fuego y pedazos de relámpago que serpentean en una profundidad pálida.

La citada claridad, atravesando los párpados cerrados de Gilliatt, le despertó, y le despertó á tiempo.

El reflujo habia descendido y venia otro flujo.

La chimenea de la máquina, que se desencajó mientras estaba durmiendo Gilliatt, iba á introducirse otra vez en la abertura de la *Duranda* é iba ascendiendo lentamente.

Solo le faltaba ya un pié para que volviese á atascarse en la abertura del casco del buque destrozado.

La ascension de un pié la verifica el flujo en media hora; ese era, pues, el escaso tiempo que tenia Gilliatt para impedir el segundo atascamiento.

Se puso en pié con sobresalto.

A pesar de la urgencia de la situacion, permaneció en pié algunos minutos, contemplando la fosforescencia y reflexionando.

Gilliatt conocia bien el mar; aunque éste le maltrataba con frecuencia, era compañero suyo desde muchos años

atrás. Nada podia pensar el misterioso sér que se llama Océano que no lo comprendiese Gilliatt, el que, á fuerza de observacion, de estudio y de soledad, era un profeta del tiempo.

Gilliatt corrió á las guindaletas y arrió cable; despues, no estando ya sujeto por las anclas, cogió el bichero del barco y, apoyándole en las rocas, lo impelió algunas brazas más allá de la *Duranda*, muy cerca del buque.

En menos de diez minutos lo sacó de bajo del casco del buque naufragado. El flujo podia ya ascender, que la chimenea ya no caeria en el lazo que se le tendia.

Gilliatt no parecia, sin embargo, que iba á partir. Contempló otra vez la fosforescencia y levó anclas, pero no para zarpar, sino para anclar el barco más sólidamente y fondear más cerca de la salida.

Hasta entonces no empleó más que las dos áncoras de su barco; no se habia servido aun de la pequeña de la *Duranda*, que, como sabemos, se encontró en las rompientes. La reservaba para casos de urgencia y la tenia en un rincon del barco entre un monton de cuerdas y poleas de guindaleta, guarneciendo antes de dejarla allí su cable de bosas quebradizas. Gilliatt echó esta tercer ancla, amarrando el cable á su calabrote, que tenia uno de sus extremos atado en relinga al rezon y el otro á la orla del barco. De este modo practicó una especie de horca en forma de pata de ganso, mucho más fuerte que la de dos anclas, lo que indicaba en él que veia necesidad de aumentar las precauciones. Los marineros hubieran visto en aquella operacion algo parecido al ancladero en un tiempo forzado, en el que se teme que una corriente tome el buque por sota-vento.

La fosforescencia que Gilliatt vigilaba le amenazaba quizá, pero al mismo tiempo le servia. Sin ella hubiera sido prisionero del sueño y quizás víctima aquella noche. La fosforescencia le despertó y le alumbró.

Luz de dia nublado iluminaba el escollo. Pero á pesar de ser sospechosa para Gilliatt, le sirvió para hacerle visible el riesgo y posible la maniobra. Desde entonces ya Gilliatt, cuando quisiera hacerse á la vela, podria partir, porque el buque se llevaba ya la máquina.

Pero no pensaba en partir. En cuanto ancló el buque, se fué al almacén á bus-

car la más fuerte de las cadenas, y agarrándola á los clavos hincados en los Douvres, fortificó interiormente con ella el dique de maderos y de tablonés, que exteriormente protegía la otra cadena cruzada.

En vez de abrir la salida la acababa de cerrar.

Brillaba aun la fosforescencia, pero iba disminuyendo, porque empezaba á rayar el día. De repente Gilliatt escuchó con gran atención.

XI.

El rompe-olas.

Le pareció oír muy á lo lejos algo débil y confuso.

Las profundidades tienen á ciertas horas gruñido sordo.

Púsose Gilliatt á escuchar por segunda vez. Volvió á oír el lejano ruido y sacudió la cabeza con el ademán del que sabe lo que aquello significa.

Poco después estaba ya al otro extremo del escollo, en la entrada del Este, libre hasta entonces, y clavó á martillazos grandes clavos en el granito de las dos partes de la boca próxima al peñasco el *Hombre*, como antes en la boca de los Douvres.

Las grietas de aquellas peñas estaban todas preparadas y guarnecidas de madera de encina. Como el escollo estaba muy destrozado, tenía muchas hendiduras, y en ellas Gilliatt pudo clavar más clavos que en el basamento de los Douvres.

La fosforescencia se extinguió como un soplo y la reemplazó el crepúsculo, que cada instante era más luminoso.

Gilliatt arrastró maderos, cuerdas y cadenas, y sin cesar un instante en el trabajo, sin distraerse, construyó en la boca del *Hombre*, con tablas fijas horizontalmente y atadas con cables, uno de esos diques de bobadilla que la ciencia ha prohiado y que llama rompe-olas. Los que hayan visto en la Roquaine ó en Guernesey el efecto que producen algunas estacas clavadas en las rocas, comprenderán el poder de aparato tan sencillo. El rompe-olas es la combinación de lo que en Francia se llama espiga con lo que en Inglaterra se llama dick. Los rompe-olas son los caballos de frisa de las fortificaciones contra las tempestades. Solo se puede luchar con el mar sacando partido de la divisibilidad de su fuerza.

El sol, sin embargo, brillaba con gran esplendor. El cielo estaba claro y el mar tranquilo.

Gilliatt apresuraba su trabajo; también él estaba sereno, pero ansioso.

Saltaba de una roca á otra, del dique al almacén y del almacén al dique, y volvía arrastrando como un loco, ya una varenga, ya un burel. Era evidente que Gilliatt se encontraba ante una eventualidad prevista.

Una barra fuerte de hierro le servía de espeque para remover los tablonés. Trabajaba con prontitud, con rapidez, como un ingeniero militar.

La boca del Este era aun más angosta que la del Oeste. Solo tenía cinco ó seis piés de abertura, y esta circunstancia favorecía á Gilliatt. Como era reducido el espacio que fortificaba y cerraba, la armadura podía ser más sencilla y más sólida; así es que tuvo suficiente con tablas horizontales. Cuando colocó las primeras traviesas del rompe-olas se puso encima de ellas y volvió á escuchar.

El gruñido sordo se hacía cada vez más expresivo.

Gilliatt continuó su construcción, apuntalándola con las dos serviolas de la *Duranda*, agarradas al trabazón de las tablas por medio de drizas que pasaban por las tres ruedas de la polea, y lo anudó todo con cadenas.

Gilliatt multiplicaba las ligaduras, añadiendo clavos donde le parecía conveniente. Como tuvo á su disposición mucho hierro redondo del buque naufragado, pudo proveerse de gran cantidad de clavos.

Sin dejar de trabajar mascaba galleta. Tenía sed, pero no podía beber, por carecer absolutamente de agua potable. En la cena de la víspera anterior dejó el barril sin una gota.

Unió otras tres ó cuatro tablas y se encaramó otra vez al dique que acababa de construir. Volvió á escuchar.

El sordo gruñido ya no se oía. Reinaba el silencio. El mar estaba tranquilo y soberbio. El azul oscuro del cielo correspondía al verde oscuro del Océano. El cielo y el Océano eran un zafiro y una esmeralda que podían admirarse mutuamente. No podían reconvenirse el uno al otro. No había una nube arriba ni un copo de espuma abajo, y el sol de Abril dominaba magníficamente todo aquel esplendor.

En lo lejano del horizonte rayaba el cielo larga fila negra de aves de paso.

Volaban de prisa dirigiéndose á la tierra. Parecía que su vuelo era una fuga.

Gilliatt seguía levantando el rompe-olas tan alto como se lo permitía la disposición de las rocas.

Hacia el medio día le pareció que el sol calentaba más de lo que debía. Esa hora es la más crítica del día. Colocado Gilliatt sobre la robusta armazón que acababa de construir, examinó el espacio.

El mar estaba tan tranquilo que parecía un estanque. No divisaba en toda su extensión ni una sola vela. El cielo estaba limpio por todas partes, pero su azul se había convertido en blanco singular. Se distinguía á lo lejos del horizonte una mancha pequeña de mala apariencia, inmóvil en el mismo punto, pero que crecía. Cerca de las rompientes el oleaje se estremecía con suavidad.

Gilliatt fué muy prudente construyendo un rompe-olas.

Se acercaba la tempestad.

El abismo se decidía á dar la batalla.

LIBRO TERCERO

La lucha.

I.

Los extremos se tocan.

Es amenazador el equinoccio cuando se retarda.

Se verifica en el mar un fenómeno feroz, que se podría llamar la llegada de los vientos del golfo.

En todas las estaciones, particularmente en la época de las sicigias, el mar, cuando menos se piensa, queda sumido en una tranquilidad extraña. Apaciguándose su movimiento perpétuo prodigioso, se queda como aletargado; parece que quiera descansar de su fatiga. Las enseñas marítimas, así el cataviento del laúd pescador como el gallardete del buque de vela, cuelgan á lo largo de los mástiles. Los pabellones almirantes, reales ó imperiales, duermen. De pronto todos ellos empiezan á moverse.

Aquella es la ocasión á propósito, si hay nubes, para espiar cómo se forman y se acumulan; si es la puesta del sol, para examinar el resplandor del crepúsculo; si es de noche y brilla la luna, para estudiar los halos.

Ese es el momento en el que el capitán ó jefe de escuadra que posee uno de aquellos *cristales de tempestad*, cuyo inventor es desconocido, debe observar con el microscopio y tomar precauciones contra el viento del Sur, si la mixtura ofrece aspecto de azúcar quemado, y contra el viento del Norte, si la mixtura se deshoja en cristalizaciones parecidas á barrilla ó á palos de abeto. Ese es el momento en que el pobre pescador irlandés ó breton, después de consultar algún gnomon misterioso, grabado por los romanos ó por los diablos en una de las enigmáticas piedras rectas, que se llaman en Bretaña *menhir* y en Irlanda *cruach*, saca del agua la barca.

La serenidad del cielo y del Océano continúan, sin embargo. La mañana se levanta espléndida y la aurora sonríe; esto llenaba de horror religioso á los antiguos adivinos, á los que al parecer espantaba la hipocresía del sol.

La sombría visión de lo sombrío latente está interceptada para el hombre por la opacidad fatal de las cosas: el más temible y el más pérfido de los aspectos es la máscara del abismo.

Como se dice: La anguila bajo la roca, debía decirse: La tempestad bajo la calma.

A veces transcurren horas y días en esta expectativa, y los pilotos asestan sus anteojos en todas direcciones, y la fisonomía de los marinos envejecidos en el mar adquiere el aire severo de la cólera que se apresta al combate.

De repente se oye en el aire grande, confuso y misterioso murmullo. Nada se vé. La extensión permanece impasible.

Sin embargo, el murmullo crece, aumenta y se eleva. El diálogo se acentúa. Hay alguien detrás del horizonte; este alguien terrible es el viento.

El viento, es decir, el populacho de las tinieblas, que llamamos huracanes, la inmensa canalla de la oscuridad.

La India los llama los Marouts, la Judea los Queribines, la Grecia los Aquilones. Son las invisibles aves de rapina del infinito.

II.

Los vientos del golfo.

De dónde vienen? De lo inconmensurable. Sus envergaduras necesitan